

y así como comenzó á anochecer, un poco mas adelante del crepúsculo, á deshora pareció que todo el bosque por todas cuatro partes se ardia, y luego se oyeron por aquí y por allí, por acá y por acullá, infinitas cornetas y otros instrumentos de guerra, como de muchas tropas de caballería que por el bosque pasaban. La luz del fuego, el són de los bélicos instrumentos, casi cegaron y atronaron los ojos y los oídos de los circunstantes, y aun de todos los que en el bosque estaban. Luego se oyeron infinitos lilelís, al uso de moros cuando entran en las batallas; sonaron trompetas y clarines, retumbaron tambores, resonaron pífaros, casi todos á un tiempo, tan contino y tan apriesa, que no tuviera sentido el que no quedara sin él al són confuso de tantos instrumentos. Pasmóse el duque, suspendióse la duquesa, admiróse Don Quijote, tembló Sancho Panza, y, finalmente, hasta los mismos sabidores de la causa se espantaron. Con el temor les cogió el silencio y un postillon que en traje de demonio les pasó por delante, tocando, en vez de corneta, un hueco y desmesurado cuerno, que un ronco y espantoso són despedía.—¡Hola, hermano correo! dijo el duque; ¿quién sois? ¿adónde vais? y ¿qué gente de guerra es la que por este bosque parece que atraviesa?” Á lo que respondió el correo, con voz horrisona y desenfadada: “Yo soy el diablo; voy á buscar á Don Quijote de la Mancha; la gente que por aquí viene, son seis tropas de encantadores, que sobre un carro triunfante traen á la sin par Dulcinea del Toboso; encantada viene, con el gallardo francés Montesinos, á dar órden á Don Quijote de cómo ha de ser desencantada la tal señora.—Si vos fuérades diablo, como decís, y como vuestra figura muestra, ya hubiérades conocido al tal caballero Don Quijote de la Mancha, pues le teneis delante.—¡En Dios y en mi conciencia, respondió el diablo, que no miraba en ello! porque traigo en tantas cosas divertidos los pensamientos, que, de la principal á que venia, se me olvidaba.—Sin duda, dijo Sancho, que este demonio debe de ser hombre de bien y buen cristiano; porque, á no serlo, no jurara *en Dios y en mi conciencia*: ahora yo tengo para mí, que, aun en el mismo infierno, debe de haber buena gente.” Luego el demonio, sin apearse, encaminando la vista á Don Quijote, dijo: “Á tí, *El Caballero de los Leones* (¡que entre las garras de ellos te vea yo!), me envia el desgraciado pero valiente caballero Montesinos, mandándome que, de su parte, te diga que le esperes en el mismo lugar que te topare, á causa que trae consigo á la que llaman *Dulcinea del Toboso*, con órden de darte la que es menester para desencantarla; y, por no ser para mas mi venida, no ha de ser mas mi estada; los demonios como yo queden contigo, y los ángeles buenos con estos señores:” y en diciendo esto, tocó el desaforado cuerno, y volvió las espaldas, y fuése, sin esperar respuesta de ninguno. Renovóse la admiracion en todos, especialmente en Sancho y Don Quijote: en Sancho, en ver que, á despecho de la verdad, querian que estuviese encantada Dulcinea; en Don Quijote, por no poder asegurarse si era verdad ó no lo que le habia pasado en la cueva de Montesinos: y estando elevado en estos pensamientos, el duque le dijo: “¿Piensa vuesa merced esperar, señor Don Quijote?—¡Pues no! respondió él;

aquí esperaré, intrépido y fuerte, si me viniese á embestir todo el infierno.—Pues si yo veo otro diablo, y oigo otro cuerno como el pasado, así esperaré yo aquí como en Flandes,” dijo Sancho. En esto, se cerró mas la noche, y comenzaron á discurrir muchas luces por el bosque, bien así como discurren por el cielo las exhalaciones secas de la tierra, que parecen á nuestra vista estrellas que corren. Oyóse asimismo un espantoso ruido, al modo de aquel que se causa de las ruedas macizas que suelen traer los carros de bueyes, de cuyo chirrió áspero y continuado se dice que huyen los lobos y los osos, si los hay por donde pasan. Añadióse, á toda esta tempestad, otra que las aumentó todas, que fué, que parecia verdaderamente que á las cuatro partes del bosque se estaban dando á un mismo tiempo cuatro reencuentros ó batallas, porque allí sonaba el duro estruendo de espantosa artillería, acullá se disparaban infinitas escopetas, cerca casi sonaban las voces de los combatientes, lejos se reiteraban los lilelís agarenos. Finalmente, las cornetas, los cuernos, las bocinas, los clarines, las trompetas, los tambores, la artillería, los arcabuces, y, sobre todo, el temeroso ruido de los carros, formaban todos juntos un són tan confuso y tan horrendo, que fué menester que Don Quijote se valiese de todo su corazon para sufrirle; pero el de Sancho vino á tierra, y dió con él, desmayado, en las faldas de la duquesa, la cual le recibió en ellas, y á gran priesa mandó que le echasen agua en el rostro. Hízose así, y él volvió en su acuerdo á tiempo que ya un carro de las rechinantes ruedas llegaba á aquel puesto. Tirábanle cuatro perezosos bueyes, todos cubiertos de paramentos negros; en cada cuerno traian atada y encendida una grande hacha de cera, y encima del carro venia hecho un asiento alto, sobre el cual venia sentado un venerable viejo, con una barba mas blanca que la misma nieve, y tan luenga, que le pasaba de la cintura; su vestidura era una ropa larga, de negro bocací, que, por venir el carro lleno de infinitas luces, se podia bien divisar y discernir todo lo que en él venia. Guiábanle dos feos demonios, vestidos del mismo bocací, con tan feos rostros, que Sancho, habiéndoles visto una vez, cerró los ojos por no verlos otra. Llegando, pues, el carro á igualar al puesto, se levantó de su alto asiento el viejo venerable, y, puesto en pié, dando una gran voz, dijo: “Yo soy el sábio Lirgandeo;” y pasó el carro adelante, sin hablar mas palabra. Tras este, pasó otro carro de la misma manera, con otro viejo entronizado, el cual, haciendo que el carro se detuviese, con voz no menos grave que el otro, dijo: “Yo soy el sábio Alquife, el grande amigo de Urganda la Desconocida;” y pasó adelante. Luego, por el mismo continente, llegó otro carro; pero, el que venia sentado en el trono, no era viejo, como los demás, sino hombron robusto y de mala catadura, el cual, al llegar, levantándose en pié, como los otros, dijo, con voz mas ronca y mas endiablada: “Yo soy Arcalaus el Encantador, enemigo mortal de Amadis de Gaula y de toda su parentela;” y pasó adelante. Poco desviados de allí, hicieron alto estos tres carros, y cesó el enfadoso ruido de sus ruedas; y luego no se oyó otro ruido sino un són de una suave

y concertada música formado, con que Sancho se alegró, y lo tuvo á buena señal; y así, dijo á la duquesa, de quien un punto ni un paso se apartaba: "Señora: donde hay música, no puede haber cosa mala.—Tampoco donde hay luces y claridad," respondió la duquesa. Á lo que replicó Sancho: "Luz da el fuego, y claridad las hogueras, como lo vemos en las que nos cercan, y bien podria ser que nos abrasasen; pero la música, siempre es indicio de regocijos y de fiestas.—Ello dirá," dijo Don Quijote, que todo lo escuchaba; y dijo bien, como se muestra en el capítulo siguiente.

## CAPÍTULO XXXV.

Donde se prosigue la noticia que tuvo Don Quijote del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos.

Al compás de la agradable música vieron que hácia ellos venia un carro de los que llaman *triumfales*, tirado de seis mulas pardas, encubiertas empero de lienzo blanco, y sobre cada una venia un diciplinante de luz, asimismo vestido de blanco, con una hacha de cera grande encendida en la mano. Era el carro dos veces, y aun tres, mayor que los pasados, y los lados y encima dél ocupaban otros doce diciplinantes, albos como la nieve, todos con sus hachas encendidas, vista que admiraba y espantaba juntamente; y en un levantado trono venia sentada una ninfa, vestida de mil velos de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas hojas de argentería de oro, que la hacian, si no rica, á lo menos vistosamente vestida: traia el rostro cubierto con un trasparente y delicado cendal, de modo que, sin impedirlo sus lizos, por entre ellos se descubria un hermosísimo rostro de doncella, y las muchas luces daban lugar para distinguir la belleza y los años, que, al parecer, no llegaban á veinte, ni bajaban de diez y siete: junto á ella venia una figura, vestida de una ropa de las que llaman *rozagantes*, hasta los piés, cubierta la cabeza con un velo negro; pero, al punto que llegó el carro á estar frente á frente de los duques y de Don Quijote, cesó la música de las chirimías, y luego la de las arpas y laúdes que en el carro sonaban, y levantándose en pié la figura de la ropa, la apartó á entrambos lados, y, quitándose el velo del rostro, descubrió patentemente ser la misma figura de la Muerte, descarnada y fea, de que Don Quijote recibió pesadumbre, y Sancho miedo, y los duques hicieron algun sentimiento temeroso. Alzada y puesta en pié esta muerte viva, con voz algo dormida, y con lengua no muy despierta, comenzó á decir desta manera: